

# EL PARQUE CENTRAL

Por Federico Villoch.

Noches pasacas, después de muchos años, nos sentamos un momento en un banco del Parque Central para hacer hora. Eran las ocho, y precisábamos que fueran las nueve y media. Una banda oficial tocaba la retirada al pie de la estatua de Martí, como lo hacían antes las bandas de Ingenieros, del Apostadero y la de Artillería, ante la estatua de Isabel II. Excusado decir que, al par de los escasos paseantes que te daban vueltas al Parque, giraban en nuestro cerebro muchos y muy agradables recuerdos. Sobre todo, los domingos y días de fiesta era numerosa la concurrencia que acudía al Parque Central. No existía el cine, y muchos no tenían con qué asistir a los espectáculos que ofrecían Albisu, «Payret», Tacón, y allá, al extremo del Parque de Isabel la Católica, el Teatro que se llamaba entonces de Irijoa. El parque, que era más amplio, más grande y más lleno de árboles y flores. Un tiempo se le llamó el parque de los leones, por uno grande de bronce que ostentaba sobre un pedestal de granito en cada una de sus esquinas. Después de estar enjaulados largo tiempo en los almacenes de O. P., volvieron a dar señales de vida en el reformado paseo del Prado, emblemas de una vigorosa raza que, cualesquiera que sean sus azares e infortunios, no desaparecerá jamás de sobre la faz de la tierra, ni de las más gloriosas páginas de la Historia.

El mayor número de concurrentes se posesionaba del lugar del Parque que daba frente a la acera del Louvre y a los Helados de París, en una de cuyas puertas se veía con frecuencia sentada a la propietaria del citado elegante café, doña Pilar Somoano. Esta concurrencia decía que pertenecía a la clase rica y aristocrática; la otra, la que paseaba frente al teatro Albisu y al «Café Central», a la burocrática y clase media. La pobre y popular iba poco al Parque. El Parque lo era todo entonces, o mejor, era lo único. Tenía algo y aún bastante del Mentidero de Madrid, del tiempo de Felipe IV. Se comentaban los «chocolates», «chivos» de la Hacienda; y también, a veces, *sotto voce*, la nota escandalosa de sociedad. Se referían los duelos del día con lujo de detalles. Las rivalidades periodísticas de «La Lucha» y «La Discusión»; y «La Discusión» y «La Lucha». Las «Actualidades» de don Nicolás Rivero, como antes las de don Adolfo Marquez Sterling, levantaban ronchas. El periodista español «¡qué irónico!»; el cubano «¡qué intencionado!». El periodismo era una cosa seria, sólo asequible a los idóneos y de pelo en pecho.

Las primeras relaciones amorosas nacían en el Parque; el flirt «fin de Siecle» empezaba a esgrimir con la mayor discreción sus primeras armas, que luego se ostentaron a «toda luz» con la falda corta, la melenita y los cigarrillos americanos. Se oía rodeando el Parque el majestuoso marchar de los caballos de lujo, haciendo sonar sus frenos de plata y tirando de lujosas carretelas traídas de Pa-

ris por Courtiller, el carrujista de la calle de Amistad; después vinieron los zunchos de gomas y los alegres «tintanes». Tener coche suponía una fortuna de verdad, de abolengo, o un título profesional acreditado. Sentados en nuestro banco sonreímos al recordar estas cosas; y miramos con simpatía a algunas parejas, «lentas y blancas en canas», que traen a pasear a sus nietecitos, últimos soldados de aquella legión que venció y dispersó la batalla de la vida. Se sienta a nuestro lado un hombre del pueblo que habla de la escasez de trabajo y de lo duro de la existencia. Al ver pasar un guardia se encoge y nos dice: «Cref que iba a amonestarme, porque estoy en mangas de camisa. Pero yo tengo en casa saco y corbata; sólo que no me los pongo más que cuando voy al Centro...» El miedo a la autoridad, la lucha de clases, lo rudo de la vida. No, no es el Parque Central de entonces. La banda ejecuta en ese momento la Sinfonía de «Poeta y Aldeano» esa pieza musical que durante años y años han ejecutado todas las bandas delante de infinitas generaciones en todos los parques del mundo y que cada uno ha oído de una manera tan distinta, ya en la juventud, ya en la vejez...

El Parque Central de hoy, recortado y casi sin árboles, resulta verdaderamente ridículo si se le compara con aquél de 1890, pudiera decirse el doble de éste, y sembrado de grandes y frondosos álamos y laureles, cuyas amplias franjas de sombra lo hacían de día tan agradable, y cuyas misteriosas rinconadas lo convertían por la noche en otras tantas acogedoras estancias, donde se llegaron a establecer íntimas y animadas «peñas» compuestas por elementos de las más diversas clases sociales. Existían entre las principales la Peña llamada del Bolsín, formada por comerciantes y corredores de la Bolsa que se situaba frente al costado derecho de Payret; la de los músicos, frente al café de Albisu, compuesta por los profesores musicales más conocidos de entonces, entre ellos Raimundo Valenzuela, los hermanos Mauri y Palau, etc.; la de los periodistas y escritores, frente al Inglaterra, donde no faltaban nunca Arturo Mora, el simpático Chato tan querido de todos; Pancho Daniel, el gran amigo de Antonio San Mi-

guel, director de «La Lucha» y batallador redactor de la misma; Bárcaga, Valdivia, Almazora, Pichardo, Catalá, algunos redactores de «El Figaro» y Hernández Miyares, el director de la «Habana Elegante»; —cuando no existía la Asociación de la Prensa, los periodistas se reunían y se encontraban más—; la de los artistas cubanos que se reunía a un lado del monumento a Isabel II y en la que figuraban siempre los hermanos Robreño, su padre don Joaquín, el popular y aplaudido bufo cubano Ramón Morales y aquel impenitente bohemio, autor y periodista, Domingo Barberá, y algu-



2

La primera en disolverse era la del Bolsin, gente que por fuerza tenía que levantarse temprano, no prolongaba sus sesiones más allá de las diez y media de la noche; luego la seguía la de los músicos, que se disolvía poco después de terminadas las funciones de los teatros, para esperar la llegada de algunos de sus miembros que formaban parte de las orquestas de aquéllos; luego la de los periodistas; y se quedaba casi hasta la misma salida del sol, la de los cómicos cubanos y la de los charadistas, engrosada esta última por algunos recalcitantes noctámbulos que habían figurado en las que ya se habían disuelto.

Todas eran animadas, bullentes; se reía y hablaba con la mayor franqueza; el ánimo se hallaba entonces siempre dispuesto a reír y expansionarse. La única que por lo general permanecía silenciosa, era la Peña de los charadistas: se les veía con un dedo sobre la frente, preocupados, la mirada vaga, el pensamiento en el espacio buscando el todo de una difícil charada que uno de sus miembros acababa de presentar al cenáculo. Hoy permanecerían noche tras noche y madrugada tras madrugada, buscando en vano la solución de la charada política que a todos nos preocupa, y con la cual, seguro que jamás darían ni los más hábiles charadistas del universo mundo.

Los ciclones acabaron con todo, con los grandes árboles, con las Peñas, y el último, el más fiero de todos, el ciclón machadista, acabó con el viejo y amplio Parque Central que tanto echan de menos por las noches los antiguos y recalcitantes habaneros.

Hemos oído decir que se intenta quitar el pequeño Parque que queda, para hacer allí una amplia Plaza como la de la Concordia de París—ya será menos— a fin de facilitar el enlace de las calles de Obispo y O'Reilly con las de San Rafael, etc. No nos parece mala la idea; y sobre todo, es preferible esa amplia Plaza que sería de gran utilidad pública, a ese Parque ridículo al que cada día acuden menos paseantes. ¿Dónde mejor que en ese sitio, centro de la ciudad, debe colocarse el monumento que se proyecta levantarle al padre de la Patria, José Martí? En días de manifestaciones, sonadas, regocijos, protestas, etc. etc., es costumbre de las grandes masas populares acudir a aquel sitio para exteriorizar sus deseos, y el buen padre de todos estará allí para aconsejarles tolerancia, amor patrio, sacrificio, civismo, fidelidad al ideal; todo, en fin, lo que constituyó la norma de su vida intachable y plena de altos y nobles ejemplos. Allá en el lejano lugar donde se intenta erigir su monumento, nos parece que no serán muchos los que se tomen la molestia de ir a visitarlo, y que cada día se le irá olvidando un poco... de lo que parece estarlo al presente.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA